



Jaime Sabines

Cuatro, cinco, seis voces conocidas
salen de mi garganta,
salgo yo de cenizas,
de escombros familiares,
soy un coro de inválidos, de agónicos,
de encorvados bufones
recogiendo monedas que no sirven.

“Me he muerto tantas veces” es un decir como otros.
No he dormido es lo cierto,
y ya no tengo ni hambre.

Si alguien me deja por allí,
si alguien me tira bajo un árbol
o en algún basurero,
¡qué descanso!

¡Aquí, jinetes del apocalipsis diario,
vay a trabarles las patas
con un cordón de seda!

¿Qué es este saco que llevo a mi espalda?
Es un costal con mis vísceras más queridas:
hígado y riñones, pulmón y tripas, páncreas
para los gatos desvelados.
 (“Miau” es la expresión más tierna del amor).

Aquí viene uno. Míralo.
Se me parece como una gota a otra.
(Somos dos lágrimas caídas de los ojos de la muerte,
Columba).

Concubinas del diablo, señor de los misterios,
padre nuestro, recemos,
cantemos al oráculo de la buena vida,
entonemos el himno de la resurrección
en los pétalos inmensos de la noche abierta.

Hay un día entre el domingo y el lunes
que salgo al campo.

Allí me reconcilio con la vida pastando
(la alfalfa tiene un sabor a verde exquisito
y las moscas son mínimas y tranquilas).

Dice el doctor que todo esto es mal de los nervios.
Lo mismo dice Buda en esa novela que escribió hace poco
acerca de los Beattles.

Ahora se abren puertas de cuartos vacíos,
se oyen pasos en el tejado que no existe.
Hay campos de concentración, hay alambradas
en que famélicos dioses piden agua.

Santos arbóreos (criminales colgados de sus brazos)
y subterráneos topos se saludan.
Es cuestión de raíces.
Hay una raíz que amamanta a los muertos
con una leche agraria, metálica y purísima.
Otra raíz para las águilas en vuelo,
una raíz del viento más delgado y más fino.
Y otra raíz de espanto
con que te dan el chocolate y las sonrisas.

Mírame bailar en un solo pie
sobre el alambre de la luz. Yo alumbro
esta esquina los miércoles,
hasta que llegan a los quicios a hacerse el amor.

Ando buscando quién me regale un río.

Me despierto temprano
cuando la noche apenas si se estira en la cama,
para acechar las amenazas,
para torcerles el pescuezo dormidas.
Pero hay una mujer que se complace
en sacar serpientes todo el día.
Hay un nido de arañas en un lugar del sueño.
No hay paz, no hay paz, hay estertores,
odios violentos como un látigo,
lamentos inauditos.





Autonecrología

Cógete de la mano de la furia
y apágate en seguida,
disciplina tus brazos,
amordaza las pústulas briosas,
detente.

Viene el aire gimiendo,
la subversiva tranquilidad que ronda la casa.

He aquí el responso,
la misa de las doce de la noche de siempre.
Buenas gentes entrad al patio,
seamos hermanos en el nombre del átomo,
(los cuchillos en esta canasta
y, por favor, las piedras)
en el nombre de Carlota seamos hermanos,
seamos hermanos en el nombre del gato
y del escarabajo.
Los gusanos, hermanos, son buenas gentes.
No hay que tenerle miedo al agujero del patio.



Y bien, es el momento de amontonar palabras, hojarasca,
y quemarla.
Y si echamos las manos a ese fuego,
si el pelo, si una parte del alma,
si los ojos,
mejor, tanto mejor.
De este residuo de los días
hay que impregnar la almohada.
(Bajo las sábanas el cuerpo mutilado
se reconstruye).
La soledad es rica en amapolas
y el silencio despierta los sueños.

Te quiero porque tienes las partes de la mujer
en el lugar preciso
y estás completa. No te falta ni un pétalo,
ni un olor, ni una sombra.
Colocada en tu alma,
dispuesta a ser rocío en la yerba del mundo,
leche de luna en las oscuras hojas.

Quizás me ves,
tal vez, acaso un día,
en una lámpara apagada,
en un rincón del cuarto donde duermes,
soy una mancha, un punto en la pared, alguna raya
que tus ojos sin ti se quedan viendo.

Quizás me reconoces
como una hora antigua
cuando a solas preguntas te interrogas
con el cuerpo cerrado y sin respuesta.
Soy una cicatriz que ya no existe,
un beso ya lavado por el tiempo,
un amor y otro amor que ya enterraste.
Pero estás en mis manos y me tienes
y en tus manos estoy, braza, ceniza
para secar tus lágrimas que lloro.

¿En qué lugar, en dónde, a qué deshoras
me dirás que te amo? Esto es urgente
porque la eternidad se nos acaba.

Recoge mi cabeza. Guarda el brazo
con que amé tu cintura. No me dejes
en medio de tu sangre en esa toalla.



El mediodía en la calle, atropellando ángeles,
violento, desgarbado;
gentes envenenadas lentamente
por el trabajo, el aire, los motores;
árboles empeñados en recoger su sombra,
ríos domesticados,
panteones y jardines
transmitiendo programas musicales.
¿Cuál hormiga soy yo de éstas que piso?
¿qué palabras en vuelo me levantan?

“Lo mejor de la escuela es el recreo”,
dice Judith, y pienso:
¿cuándo la vida me dará un recreo?
¡Carajo... Estoy cansado. Necesito
morirme siquiera una semana.

